

FIDEL ARANEDA BRAVO

PERFIL HUMANO DE
RICARDO A. LATCHAM

HACE MAS de cuarenta años, que oigo hablar de Ricardo A. Latcham, extraño personaje, vecino de la comuna de Providencia, cuando era sólo una aldea y corrían los tranvías número 11, con imperial, y esas pintorescas cobradoras cuyos pequeños sombreros de hule negro, ladeados, dejaban descubiertos sus inmensos moños. Ricardo vivía con sus padres, el sabio arqueólogo y antropólogo inglés don Ricardo E. Latcham y la señora Sara Alfaro, oriunda de La Serena.

Transitaba casi diariamente por la Avenida Providencia; le veía pasar frente a nuestra vieja casa ubicada en la esquina de Román Díaz de la misma avenida, donde acaba de levantarse un edificio de muchos pisos: alto, delgado, amplia frente, pálido, nervioso y enteco. Aunque yo era muy amigo de su madre y de su única hermana Olga, a él no le conocí entonces personalmente. Había entre ambos una diferencia de edad y de cultura que nos separaba: Ricardo frisaba en los 21 años y yo en los 18.

En aquella época el futuro colega y amigo comenzaba a actuar en los círculos católicos y literarios. Escribía en la *Revista Católica*, dirigida entonces por el Pbdo. don Manuel Antonio Román, vicario general del Arzobispado, humanista y académico de la Lengua, a quien Latcham recuerda como su principal maestro en el discurso de incorporación a la Academia Chilena en 1956, y cuyo alto magisterio reconoció hasta el fin de su vida. Conoció en aquel tiempo a muchos escritores eclesiásticos nuestros; entre otros, a don Julio Tadeo Ramírez, don Francisco Donoso González y don José Luis Fermandois, redactores oficiales y colaboradores del órgano del clero.

Tanta era la fama del joven, que su primera conferencia religiosa la dio en el antiquísimo templo de San Francisco, cosa desusada en aquella época.

El muchacho nervioso, inconformista y contradictorio, nació en La Serena, ciudad donde trabajaba su padre, en 1903. El primer maestro de Ricardo fue su propio padre. Cuenta él que le ayudó a hacerse hombre una frase, original o aprendida, del autor de sus días: "no creo nada de lo que me cuentan y sólo la mitad de lo que veo". Obsequió don Ricardo a su único hijo varón, un ejemplar de Robinson Crusoe, de Daniel de Foe, "expresión profunda y concreta —dice Latcham de la lucha de un hombre contra la naturaleza, emblema del carácter inglés".

Los esposos Latcham-Alfaro, se radicaron en Santiago; y el vástago fue educado en los dos institutos antagónicos: primero en el Humanidades, ahora Luis Campino, dependiente del Arzobispado, y después en el Nacional, de inspiración entonces absolutamente laica y antirreligiosa. Ricardo calificó, cuarenta años después, al Rector del Instituto de Humanidades, Pbdo. don Luis Campino, "como un prebendado mundano y aristocrático", y al profesor de gramática, el futuro canónigo don Juan Bautista González, de porte circunferencial, le moteja de "bondadoso y sibarítico clérigo".

Por desgracia, en el colegio regentado por eclesiásticos "le anulaban pronto las primeras pretensiones literarias al ser sometido a crítica burlona por don Luis Campino y el profesor de gramática don Juan Bautista González", uno de los puristas más insoportables que he conocido.

Estuvo tres años en el Instituto Nacional, donde estudiaban "los hijos de liberales"; "pero como yo soy algo contradictorio —confesaba Ricardo al incorporarse en la Academia de la Lengua— el resultado de esa experiencia fue más bien adverso y me incliné entonces a la línea católica y tradicionalista en contrapunto a lo que pensaba mi padre y también la mayoría de sus amigos". Se interesó por los "misterios de la religión católica" y su padre le puso en manos del obispo de La Serena don Carlos Silva Cotapos, quien le enseñó apologética y le recomendó libros de formación humanística como la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, "que si no contribuyó —refiere él— para ganarme a la causa de la Iglesia, sirvió notablemente al diseñar una futura e insobornable vocación hispanista". Confiesa Latcham que Silva Cotapos le sirvió "como maestro, mucho más que muchos profesores oficiosos".

Terminó sus humanidades privadamente. Algunos pensaban hacer de él un abogado, y el obispo Silva Cotapos, le aconsejó que se dedicara a la historia.

Otro de los buenos maestros, a quien Ricardo Latcham recordaba

siempre, era don Ramón A. Laval; este varón de Dios le corregía las faltas de ortografía, y le enseñó "a tener horror a los galicismos".

Estuvo siempre muy cerca de su ilustre padre, y se acostumbró a tratar hombres maduros y sabios durante su juventud: alternó frecuentemente con don Rodolfo Lenz, don Carlos Porter, don José Toribio Medina, don Valentín Letelier, don Alejandro Cañas Pinochet, el arqueólogo don Max Uhle, el obispo don Carlos Silva Cotapos. Estas amistades le obligaban "a pensar cosas superiores" y a leer obras científicas y literarias.

Militó en las filas del peluconismo, y se entregó con toda la vehemencia de su carácter apasionado y vibrante a la causa que había abrazado; entonces y hasta hace muy poco, católico y conservador eran sinónimos.

Junto con actuar en política, estaba de lleno entregado al apostolado: en 1922 figuró entre los celadores del culto de la Sociedad de San Luis Gonzaga y tuvo actuación descollante en el Congreso Eucarístico de ese año. Ambos formamos tal vez en las filas de esa inolvidable procesión eucarística que recorrió la Alameda Bernardo O'Higgins, y terminó en el cerro de Santa Lucía, desde cuya cima bendijo a la ciudad con el Santísimo Sacramento, el discutido y visionario Arzobispo don Crescente Errázuriz Valdivieso, figura revolucionaria de nuestra iglesia para su época.



Ricardo A. Latcham se aficionó al estudio desde muy joven; le movió a ello su natural inclinación y el ejemplo de su padre, que vivió dedicado a la ciencia, y el de sus maestros sacerdotes y seglares. El entusiasmo por la lectura y la investigación, le permitieron conocer en su adolescencia la literatura chilena y americana, y algunos clásicos. En aquel tiempo comenzó a juntar libros y papeles, con los cuales llegó a formar una biblioteca de cuarenta mil volúmenes, de las mejores de Hispanoamérica, y un archivo muy valioso. La librería, por disposición testamentaria del escritor, pasará al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, y los documentos y recortes ya están en el Instituto de Literatura Chilena de la Universidad.

En 1919, inició las colaboraciones en la prensa; su primer artículo apareció en *El Chileno*, de La Serena. Entre los años de 1920 y 1927, escribió en la sección bibliográfica y después en la de literatura de la *Revista Católica*. Sus artículos eruditos, vibrantes, impetuosos y con "exabruptos", como dice Alone, llamaron la atención del clero y de

los intelectuales. La primera colaboración fue una crítica sobre *La reata del camino*, novela del escritor español Adolfo Rodríguez y Martínez, que llamó bucólica y en general la aplaudió.

Generalmente escribía sobre libros y, a propósito de una crítica sobre *El Hermano Asno*, de Eduardo Barrios, polemizó con un sacerdote franciscano, de menos que mediana estatura intelectual, a quien causó extrañeza que, siendo Latcham católico, elogiara la obra del novelista. El joven apabulló a su contrincante, y le advirtió que en el comentario de *El Hermano Asno* (1922), él no alababa las irreverencias del autor, sino el alto valor literario de la obra.

En la revista clerical hizo también algunos estudios sobre escritores de la Colonia y de la Independencia; en ellos se advertían los serios conocimientos del muchacho, y cierta firmeza de estilo; ambas cualidades no son comunes a los 20 años. Estos trabajos versan sobre "La Araucana, de Alonso de Ercilla y Zúñiga", "Ensayos Epicos Menores concernientes a Chile", "La obra literaria de Pedro de Oña", "Aspectos de la Literatura Femenina en Chile. La Mujer en la Colonia y en la Independencia", "La Literatura y la Vida Intelectual de Chile, después de la Independencia. Influencia de los Enciclopedistas", "La obra literaria de Jotabeche". Realizó un estudio completo acerca de la personalidad del poeta sacerdote don Luis Felipe Contardo, en esa época recién fallecido; comentó las obras primigenias de Eugenio Orrego Vicuña y de Juan Guzmán Cruchaga, a quien saludó ya como a un verdadero poeta. En 1926 no aparece ninguna colaboración suya en la *Revista Católica*; pero al año siguiente y hasta su partida a Europa, escribió de nuevo en ella sobre el tema de su predilección.

En 1923, casi junto con Manuel Vega, entró a *El Diario Ilustrado*. Su primer artículo fue de polémica: discutió a don Enrique Tagle Moreno (Víctor Noir), sus puntos de vista sobre la abdicación de O'Higgins. Perteneció al diario pelucón hasta 1929. En el discurso de incorporación en la Academia de la Lengua (1956), especie de autobiografía suya, evoca magistralmente las figuras de don Rafael Luis Gumucio, don Alejandro Silva de la Fuente, Jenaro Prieto y Manuel Vega: "Crecí —dice— con el olor de la tinta de imprenta pegado al olfato. Quizá si para hablar con verdad —agrega— he resultado un franco tirador del periodismo, pero a él le debo alguna noción de la medida, cierto cálculo del espacio, comparable con el interés o la síntesis".

Cuando Latcham empezó la vida literaria, se realizaban en el país profundos cambios políticos y sociales. Sin duda su contradictoria personalidad es la consecuencia del tiempo en que le tocó vivir la pri-

mera juventud. En el discurso con que recibió a su amigo y compañero de tareas en la *Revista Católica*, Pbro. Francisco Donoso González, recuerda las tendencias literarias de aquella época: "Eran años y momentos borrascosos de la historia patria; cuando casi toda la juventud apareció dominada por ese espíritu combativo que se concretó en 1920 en una actitud rebelde, pero generosa, cuyos resultados se palparon pronto en un vigoroso movimiento lírico y en un repunte de la novela y el cuento nacionales. Hacían crisis sólidos valores y se diseñaban otros distintos, que con el tiempo adquirirían consistencia en las letras patrias. En nuestro espíritu luchaban dos tendencias antagónicas: la que barría toda atadura a lo tradicional y un fermento preservador que permitía mantener el cultivo de las formas y el respeto al idioma castellano, conciliando su evolución razonable con la frecuentación de los clásicos". En lo político el muchacho se quedó rezagado, hacía coro a los Padres Conscriptos del Senado unionista, que obstaculizaban todas las necesarias reformas sociales auspiciadas por el genio político de don Arturo Alessandri Palma. Literariamente no fue tampoco de los más avanzados.



En 1925, la Imprenta de San José, donde se editaba la *Revista Católica*, publicó *Escalpelo*, su primer libro, en el cual incluye casi todos los ensayos críticos aparecidos en el órgano de la Iglesia. En estos estudios, la mayoría de cuyos títulos ya anotamos, resplandece el espíritu católico y tradicionalista del autor. En el dedicado a "La Literatura y la Vida Intelectual Chilena después de la Independencia" (pág. 63), al referirse a las ideas políticas y religiosas de los patriotas, dice que "presentaban a veces, extraños anacronismos"; recuerda especialmente a don Juan Egaña que por una parte "se declaraba un hijo fiel y sumiso de la Iglesia Católica y por otra, se prestaba para oprimirla y vejlarla en sus fueros y dignidad, por medio de reglamentos y constituciones absurdas" (pág. 82).

La semblanza del poeta don Luis Felipe Contardo, denota, no obstante sus escasos veinte años, cierta madurez de juicio, un estilo más o menos firme y relativo buen gusto. Al leerla nadie puede poner en duda el genuino catolicismo del joven crítico.

Al escribir sobre "Eugenio Orrego Vicuña y el teatro chileno", deja entrever algo de lo que será en el futuro el valiente exégeta de las letras hispanoamericanas. Dice que juzgará la personalidad de Orrego

“con toda justicia”, y añade: “Por lo demás nosotros creemos tener cierta imparcialidad; pues una vida activa aunque corta, que hemos vivido, a medias no más, ha sido dedicada a decir, o más bien a gritar verdades... Los críticos, por lo demás, no son nunca totalmente imparciales ni pueden aspirar a serlo. Son inspirados por cien factores que desnaturalizan su juicio; ya sea una animosidad personal o una simpatía calurosa, ya sea un prejuicio de educación o escuela o bien un afán de adivinación o una carencia afectada o voluntaria de comprensión” (pág. 157). Más de alguna vez hubo que reprocharle a él, estas fallas. Más adelante dice: “La mentalidad semiindia de la clase media nacional no alcanza a un expandimiento espiritual intenso. Puede producir tipos interesantes, como Santiván, Barrios, Maluenda y otros, pero nunca dará un tipo completo que sea el florecimiento máximo y superiormente agudizado, que sólo crean las selecciones sociales, y ¿por qué no decirlo? raciales. No negamos nuestras simpatías aristocráticas y conservadoras, no en el sentido de casta o de “dominio”, sino en el de “selección” y de “calidad”. La irreflexión propia de su temperamento y de la juventud, le llevó a afirmar cosas que los mismos años se encargaron de refutarle ampliamente: el mismo vio levantarse en la clase media chilena tipos “completos” de gran calidad humana, personalidades máximas en el orden literario, político, social e industrial. Aunque el crítico pertenecía por línea materna a la clase media, a floraba en él “el solar anglosajón de sus abuelos don Tomás Latcham y doña Victoria Adelaida Cartwright”. Ricardo diría años más tarde, no sin cierta jactancia, en “Algo estrictamente personal”: “Yo sentí correr por mis venas lo que David Herbert Lawrence denomina “un palpitante circuito de sangre”, mezcla de orgullo, de dormidos afectos, de tenues sentimientos, de poderosos presagios. Los Latcham de Bristol, unidos a los Patterson de Manchester, no significaban algo decorativo o superficial, como esos parientes arrancados a los museos de linajes, a los pergaminos comprados, a los soporíferos osarios del pasado, que muchos confunden con la nobleza. Aquí estaba viviente la Inglaterra agraria, de esos farmers de Bristol, entre los cuales un nieto de granjeros resultó un afanado sabio y vigoroso escritor, cuyo sobrino, hijo de un ingeniero de Manchester, se convertía de sargento en apuesto capitán, que desempeñaba misiones peligrosas al lado del conductor de la Comunidad de Naciones, Winston Churchill”. Esta página explica, en parte, los postreros asomos monarquistas de Ricardo A. Latcham.

Continuemos con *Escalpelo*, obra que expresa bien claramente el pensamiento del escritor en su juventud. En general, fustiga a los au-

tores que están a contrapelo de la ideología católica; el crítico se inclinaba reverente ante el dictamen de la Iglesia en todo orden de cosas. Ataca a Eduardo Barrios porque en *Páginas de un pobre diablo* no cree en la inmortalidad del alma; sostiene que "discurre a lo Pero-grullo" (pág. 177). Vituperó a don Domingo Amunátegui Solar por su afán de denigrar a los conquistadores españoles en un texto de Historia Nacional, "enderezado a probar las bondades del régimen colonial español en América"; igualmente, condena los ímpetus positivistas del historiador. A Joaquín Edwards Bello no le perdona que en sus "crónicas" y novelas arremeta contra todo lo tradicional, y se burle de los hombres de Iglesia, le califica de disociador y asegura "que con el tiempo, su obra será olvidada o quedará de ella muy poca cosa" (pág. 211). Es indudable que Ricardo no resultó profeta. Termina el estudio de Joaquín Edwards Bello con estas palabras: "Este Joaquín Edwards que cree en la democracia y que aborrece a los curas"...

Las últimas críticas del volumen están dirigidas a pulverizar la *Literatura Chilena*, de don Samuel A. Lillo y la novela *Fifí*, de Tomás Gatica Martínez.

Escalpelo está escrito un poco atolondradamente, bajo el influjo de su acendrado espíritu católico y tradicionalista; representa el primer período de su vida literaria transcurrido entre los 19 y 24 años.



En 1926, Latcham publica *Chuquicamata Estado Yankee*, fruto de una larga estada en el mineral nortino. En este libro muestra bien al desnudo la situación de los chilenos en Chuquicamata bajo el dominio de los norteamericanos. Es implacable para condenar los abusos de la "Chile Exploration". Advierte que no le guían "antipatía alguna a los Estados Unidos, nación grande y digna de admiración por su exultante nacionalismo, que ojalá imitásemos en algo". Combate el imperialismo y lo ve caer sobre Chile. Fiel a sus principios de opositor al Presidente Arturo Alessandri Palma, con terrible causticidad le moteja de "César vesánico"; no perdona al Mandatario que hubiese entregado a Estados Unidos el arbitraje de la Cuestión de Tacna y Arica y se lamenta de que "Fuerzas nuevas y antes ignoradas se organizan desplazando a los partidos históricos que han perdido la sólida dirección de los viejos patricios organizadores de la República. El Chile de los Montt y de los Portales, de los Errázuriz y de los Tocornales se vio substituido por el de Alessandri, "el Liquidador" y el de Maza, "el Legislador".

Temía por el porvenir del país. La historia se repite en Chile: 1920, 1938 y 1964...

La obra tiene tres capítulos: dos contienen sus observaciones y el tercero algunos documentos utilizados por el autor, en su mayoría informes sobre el estado social de Chuquicamata. En los dos primeros, describe con vivos colores el desierto, habla de Calama, "calamidad" —dice—; critica a los que van a Chuquicamata y salen de ella encantados; ridiculiza la psicología del yanqui; protesta contra los malos salarios y las pésimas costumbres de Chuquicamata y Calama. Sostiene que la utilidad de la Compañía en los últimos diez años fue un ciento y no de un sesenta por ciento, como los yanquis aseguraban. Dice que la condición social allí es muy mala si se compara con la de las salitreras: 'habitaciones estrechas, mal olientes, pésimamente construidas, malsanas, insalubres, como un cuarto de conventillo santiaguino'; pero afirma que éstas no las ven los huéspedes invitados por la Compañía.

Son patéticos, de gran relieve, sus relatos de las explosiones en las minas. Su pluma adquiere ya solidez.

Aún no perdía la fe, y dedica varias páginas a la Cuestión Religiosa. Elogia la labor social realizada en esa región por el grande obispo Monseñor Luis Silva Lezaeta y el cura don Leopoldo Manzor Vergara, mediante las instituciones católicas. Menciona también, con merecidas alabanzas, la actitud del vicario apostólico de Iquique, don José María Caro, el futuro primer cardenal de Chile, que antes del levantamiento obrero acaecido entonces, presentó un memorial a los salitreros, en el cual hacía presente la situación de la Pampa y señalaba los remedios para solucionar la crisis y evitar el estallido social que veía venir, y no fue escuchado". Su voz clamó en el desierto. "Los hechos con su elocuencia trágica y con el luto llevado a muchos hogares, vinieron a dar la razón al santo obispo".

El libro muestra al autor en toda su vigorosa personalidad de acerado polemista, pero siempre fiel a la tradición conservadora.

Durante el mismo año de 1926, publicó *Vidas ardientes*, breve novela con ambiente y personajes antofagastinos, que no tiene nada de extraordinario, y él, no sin razón, porque era excelente autocrítico, la consideraba "muy mala".

Le correspondió actuar en una época de profundos cambios políticos y sociales; y sin duda su contradictoria personalidad es, en parte, fruto del tiempo en el cual le correspondió vivir.

En 1927 se declaró enemigo de la dictadura del Presidente, General Carlos Ibáñez del Campo, personaje hacia el cual tuvo siempre una especie de innata aversión. Sufrió primero el exilio en el sur de Chile,

y después en Europa. El destierro enriqueció su espíritu inquieto y ávido de cultura.

Estudió Letras en la Universidad de Barcelona, y en 1928 fue discípulo de Américo Castro en la de Madrid. Allí publicó *L'anima catalana*, en catalán, y un estudio sobre Raimundo Lulio (1930).

Regresa a Chile, y el mismo año, 1930, refiere el propio Latcham, "Mariano Picón Salas inició con Raúl Silva Castro, Domingo Melfi, Eugenio González, Juan Gómez Millas, el que habla y otros, la organización del grupo *Indice* que desarrolló una actividad ejemplar y significó la mayoría de edad intelectual para varios, junto con el descubrimiento de claros valores como Benjamín Subercaseaux, que llegaba de Europa cargado de esencias renovadoras y explosivos conceptos sobre el sexo y la raza. *Indice* representó dos cosas muy categóricas: una revista moderna y ágil, cargada de inquietudes más frescas, y un grupo puesto al servicio de la cultura y del saber, pero con nítido sentido de responsabilidad política y social que imponía el momento. Casi todos los componentes del equipo surgido en 1930, llevaron a la vida universitaria un aire saludable que transmitió a las generaciones de estudiantes el signo de muchas utopías generosas, de muchos sueños y de promisorios desvelos"¹.

Indice deseaba que la literatura chilena volviera sus ojos a lo autóctono, quería, como decía Latcham en su breve Historia del Criollismo, "una revisión de lo chileno, sometida a la disciplina histórico-cultural y se afirmaba en la más auténtica tradición americanista".

En las columnas de la revista, publicó Ricardo terribles diatribas, insolentes ensayos, críticas punzantes. Don Samuel A. Lillo que, desde 1926, tenía cuentas pendientes con el joven escritor, editó la Revista *El Ateneo* para atacar a los redactores de *Indice*, que lanzaron contra el cantor de Arauco, uno de los primeros poetas criollistas, y su amado Ateneo, tremendas y picantes invectivas. En el primer número hay artículos con y sin firma de Latcham: en uno, que tiene solamente las iniciales, titulado "Omer Emeth y la cultura chilena", enjuicia severa y acremente al crítico francés, creador de este género en la prensa nacional, y le echa en cara su desprecio por la literatura chilena y americana.

El viejo Ateneo de Santiago, obra predilecta de Lillo, estaba en franca decadencia, y su fundador se empeñaba en reactualizarlo. *Indice* acometió contra él y la revista. En el número 2 de la publicación, Ricardo, en la "Crónica de las Conferencias", le asesta el golpe de gracia a la institución al ridiculizar, y con justa razón, la sesión solemne dedicada a conmemorar el centenario de don Ramón Sotoma-

yor Valdés. El ilustre historiador merecía un estudio más completo. En esa velada, como comenta el crítico: "el número de fondo estuvo servido, por don Fidel Araneda Bravo, joven apuesto y pulcro que, con voz de académico de San Ignacio, leyó una ordenada biografía del señor Sotomayor, hecha con ayuda del lazarillo inevitable: el Diccionario de don Pedro Pablo Figueroa, aparte de una discreta cooperación aportada por el hermoso discurso de don Augusto Orrego Luco al suceder en la Academia al biógrafo de Portales". Leí por última vez en el Ateneo una pésima semblanza de Sotomayor Valdés, hecha sin la ayuda del Lazarillo "inevitable"; ni siquiera tuve necesidad de hojearlo, porque doña Graciela Sotomayor de Concha y don Augusto Orrego Luco, personalmente, me dieron todos los datos que necesitaba; el discurso de don Augusto, me sirvió muy poco, porque lo frecuentaba casi diariamente en su casa de la calle Catedral, y obtuve noticias de primera mano. El trabajo no pasó más allá de la mediocridad, sin embargo fue publicado en los *Anales de la Universidad*.

En las páginas de *Índice* están para que alguien las recoja en un libro, esos artículos de Ricardo sobre la *Psicología del caballero chileno*, en los cuales hizo gala de tremenda franqueza. Un empresario teatral, aludido por el escritor, se querelló contra él.



En 1931, Nascimento publicó el libro que, según Alone, opinión nada despreciable, mejor pinta al crítico: *Itinerario de la inquietud*. Hernán Díaz Arrieta dice que nuestro autor "siempre estuvo en marcha, andando, moviéndose, sin tranquilidad. No hubo ser más distante de esa dicha segura prometida por el filósofo francés al hombre capaz de estarse solo, sentado en su pieza", pero "siempre que haya cerca alguien a quien decírselo", según confesión del mismo Alone.

En este libro, cuenta el viaje a Europa efectuado en 1927. "Yo viajo por el viaje en sí —dice Latcham— el gran asunto es moverse". Toda su vida anduvo de un lado a otro, para ver, para observar, para conocer hombres, razas y pueblos. Su temperamento nervioso, inquieto, no era propicio a la tranquilidad, aunque su esposa refiere que le gustaba estar solo con ella en su casa.

Va a Europa en el vapor *Augustus*; pasa por Argentina, se detiene en Buenos Aires, cuyo ajetreo de gran ciudad europea le deslumbró entonces y siempre. Allí se mete por todas partes. El viajero aún profesa la fe católica y, en la misa celebrada el 8 de diciembre, le invadió "una nostalgia enervadora". Siguió al Uruguay, visitó Montevideo.

Pasó por Río de Janeiro, en Brasil; dice que los arquitectos de la urbe han "estudiado pastelería en París", "las casas exaltan cornisas de crema chantilly". Llega a España. Barcelona le embelesa: "su recuerdo —escribe— vivirá en nosotros mientras dure la huella que nos imprimió su gran reposo y su leal y sincera hospitalidad". Conoce las costumbres, aloja en hoteles, de los cuales dice: "Yo despierto en los hoteles con una angustia clavada en la garganta"; sin embargo gustaba de ellos; y en Cuba murió en el que se hospedaba.

En *Itinerario* hay retratos vivos, expresivos, de la gente que conoció. Cuenta su afición a meterse en los cafés y la atribuye a su atavismo hispánico. "Yo confieso que de puro vago, cuando estoy en España, pululo de café en café". Va a Tarragona, Gerona, Manresa y Monse-rat, "cuyos flancos —anota— acogieron muchas veces a Iñigo el santo, semeja una crispación de piedra, hecha anhelo de espacio, de eternidad". Deja una miniatura literaria de San Ignacio, y alaba sin reservas a la Compañía de Jesús. Continúa a Palma de Mallorca, contempla extasiado la Ermita de la Stma. Trinidad, donde Raimundo Lulio, a quien admira y cuya vida analizó, "redimió sus culpas mundanas".

A través de este libro, podemos apreciar los conocimientos artísticos de Ricardo, especialmente del barroco.

En un barco francés, desde Argel, navega hacia Marsella. En la ciudad provenzal revivirá la niñez, cuando leía a Alejandro Dumas. Llega a París, donde a pesar de ser hombre bullicioso, se defendió de los ruidos de esa capital dominada por el americanismo, sin que faltara en ella lo oriental. Por fin está en Londres, la tierra de sus antepasados: "Mi sangre británica sale a la superficie y siento un hervor en la piel. No obstante recuerdo a España con su libertad y me aplaco ante la evocación de la Virgen América". Entra a teatros, cines, museos y frecuente bares; admira mujeres hermosas, pero también debe soportar borrachos, cocainómanas y otros seres y espectáculos repulsivos.

En 1928 quiere regresar a Barcelona, pero en el ferrocarril le detiene la policía: "Estoy convertido en un detenido político, sin comerlo ni beberlo", comenta el viajero. Pasa una noche interminable en el Castillo de Pilatos. Al mediodía, después de una larga vigilia, sale en libertad condicional. Le arrestaron probablemente porque había visitado a Cambó, o tal vez porque creían que llevaba una misión separatista ante el Cardenal-Arzobispo de Tarragona, Mons. Vidal y Barraquer. En seguida se comprobó que su relación con el escritor político hispano, era "puramente literaria" y que el prelado estaba gravísimo en Sarriá.

Aunque está vigilado por un agente, se escapa, y toma el tren hacia

Barcelona. Emilio Rodríguez Mendoza, Embajador de Chile, "hombre enérgico y servicial con voz de mitin", logró que no le molestaran más.

Termina: "Como moraleja de este monótono relato, puede afirmarse que lo único que jamás descubrieron los policías fue el sitio donde se imprimían las proclamas contra el general. Ellas se componían y edificaban en la Imprenta del Ministerio de Guerra, en cuyos altos durmió por cinco años el dictador".

En el "Filadelfia", viene a Puerto Rico; visita las Antillas; va en barco a Maracaibo y Curaçao. Esta ciudad y sus negros tienen un encanto cosmopolita, y estos últimos "semejan viñetas y plantaciones de algodón".



Al llegar a Chile, Ricardo A. Latcham, inconformista y contradictorio, como él mismo lo reconocía, cambió de posición ideológica: de la extrema derecha pasó a la extrema izquierda. Ya no se compadecía con su temperamento el peluconismo y la tradición que añoraba en *Chuquicamata Estado Yankee*. El estaba en la corriente avanzada. Se encariñó con el socialismo y el comunismo.

Abandonó la vida católica y se convirtió en enemigo irreconciliable de sus antiguos cofrades. No obstante, hasta el fin de sus días, se mostró respetuoso y agradecido admirador de aquellos eclesiásticos que fueron sus mentores y amigos, a quienes recordó en su discurso en el Congreso de Academias de Buenos Aires.

En 1931, ya nada quedaba del Ricardo A. Latcham de 1922.

Cuenta Jacobo Nazaré que, cuando él preguntó a don Ricardo padre, "cuál era su opinión sobre el cambio doctrinario operado en su hijo, le respondió: "Su cambio me revela una inquietud, que no puedo menos de celebrar; porque toda inquietud significa sinceridad consigo mismo".

Poco diremos aquí de su actuación política, apenas lo necesario para que los lectores se formen una idea más o menos completa de la personalidad de Latcham y de su inquieto itinerario, en cuanto tiene relación con sus actividades literarias, objeto principal de este ensayo.

A partir de 1931, Latcham abandona definitivamente los aristocráticos dominios del peluconismo. Al año siguiente participa en forma activa en los acontecimientos de junio, y un año más tarde, el 19 de junio de 1933, con César Godoy Urrutia y otros, fundó el Partido Socialista. Su labia y fervor entusiasta le convierten en el cerebro y jefe de la nueva colectividad política.

Movió todos los resortes de su genio sarcástico para combatir a don Arturo Alessandri Palma; primero durante la campaña presidencial de 1932, y en seguida como Supremo Magistrado de la Nación (1932-1938).

En 1935 fue elegido regidor por la comuna de Santiago. En la Municipalidad, junto con César Godoy Urrutia, se empeñó en ridiculizar la labor edilicia del Alcalde don Augusto Vicuña Subercaseaux, que aisló el Cerro Santa Lucía. Dos años después, en 1937, Santiago le envió a la Cámara de Diputados con la más alta mayoría de aquel tiempo. En el Parlamento figuró entre los más renombrados tribunos. Su voz de trueno, mordaz, severa, quemante, apocalíptica y no pocas veces injustamente agresiva contra sus antiguos compañeros de la Derecha, le prestigiaron entre la gente de izquierda y decepcionaron a sus cofrades católicos y conservadores de la víspera. Atacó violentamente el gobierno ultra derechista de don Arturo Alessandri, cuyo período llegaba a su fin.

Abandonó el Partido Socialista en 1938 y fundó la Unión Socialista, de precaria existencia. Finalmente, tornó a su antigua tienda política; en 1945 fue candidato a diputado por Cautín. Con Julio César Jobet hizo su última y accidentada campaña electoral. En la capilla evangélica de Quelu, cuenta Jobet, en estas mismas columnas de *Atenea*, "ante medio centenar de campesinos y mapuches, abrió —Ricardo— la gran Biblia que estaba sobre la mesa, leyó una de las epístolas de San Pablo, a continuación la comentó vinculándola al ideario socialista, moderno intento de dar realidad a esas ideas de justicia e igualdad, en un magistral sermón cristiano socialista, que siempre recuerdo y, a la vez, lamento no haber registrado textualmente". El orador debió recordar entonces íntimamente, en el fondo del alma, su conferencia en el templo de San Francisco de Santiago.

Latcham abandonó, felizmente, la política, y volvió a sus labores habituales en las letras. El tiempo le serenó un poco, y se tornó, primero un si es no es derechista, para terminar sus días, de nuevo cerca del izquierdismo, aunque confesaba su admiración por la monarquía. . .

La compleja personalidad del escritor, buscaba la verdad con ahinco, aunque para ello tuviese que aparecer zigzagueante y contradictorio. Le repugnaban las consignas, amaba la libertad, y por lo mismo no podía perseverar en un partido político.

*

*

*

En 1932, Nascimento publicó *Vida de Manuel Rodríguez el guerrillero*. Su pluma anima la atormentada existencia del insurrecto prócer

que, desde joven estudiante, le tenían entre ojos porque con Carrera levantaba a los compañeros en el Colegio Carolino. En 1807 era bachiller en Cánones en la Universidad de San Felipe, en la cual no obtuvo cátedras porque era pobre y no pudo pagar propinas; además tenía otro grave pero para la gente de esa época: andaba en todas partes y se familiarizaba demasiado con las clases populares, cosa inaudita entonces. Ya Latcham no era derechista y en este libro se lanza contra los gobernadores Meneses y García Carrasco porque le cerraron el paso a Rodríguez. En 1810, el guerrillero tuvo actuación opaca; irrumpe con astucia sin par, después del desastre de Rancagua. Logró burlarse de las autoridades españolas, para caer asesinado en manos de sus propios compatriotas.

El autor se ríe del Colegio Carolino y, de renglón en renglón, manifiesta desdén por lo que ahora llama: "el aparato de formulismo religioso existente" en ese establecimiento.

Latcham realizó esta biografía, precisamente, porque Rodríguez es como el símbolo del extremismo político chileno.



En 1931 y hasta 1958 regentó la cátedra de Literatura Chilena en el Instituto Pedagógico. Durante 27 años, el profesor no se contenía, hablaba de todo, vaciaba allí su inmensa sabiduría: disertaba de libros, de religión, de arte, de política, de sociología y de economía. Iba de una materia a otra distinta. Su rara erudición y prodigiosa memoria, unidas a la chispa de su ingenio y a la palabra cáustica, despertaron la admiración y, no pocas veces, el temor de sus discípulos. Uno de los más aventajados y agradecidos dijo en su tumba: "Su amistad y su sabiduría nos hicieron poderosos y ricos de espíritu para siempre".

En su larga carrera docente logró los más altos honores: en 1945, los alumnos expresaron el deseo de que fuese elegido Decano de la Facultad de Filosofía y Educación; los profesores accedieron y efectivamente fue designado. En el desempeño del alto cargo, su espíritu contradictorio e inconformista le acarreó dificultades con los mismos muchachos y renunció al poco tiempo.

Durante la misión diplomática en Uruguay, estuvo ausente de la cátedra; pero la añoraba. En los primeros días de enero del presente año, poco antes de morir, la Facultad le repuso en el magisterio para hacer la clase de Literatura Chilena en el Instituto Pedagógico. Cuando se despidió de mí para hacer su ansiado viaje a Cuba, y a otros

pueblos de América, me dijo: "regresaré en los primeros días de marzo porque debo comenzar mis clases en el Pedagógico".



En 1941, con ocasión del cuarto centenario de Santiago, Nascimento publicó *Estampas del Nuevo Extremo*, donde Latcham inserta las mejores páginas escritas sobre la ciudad de Santiago, en las diversas obras de los antiguos cronistas, desde Pedro de Valdivia y Alonso de Ovalle, hasta los historiadores, novelistas, poetas y escritores chilenos, tales como Benjamín Vicuña Mackenna, Crescente Errázuriz, Abdón Cifuentes, Augusto d'Halmar, Eduardo Barrios, Pablo Neruda y Nicomedes Guzmán. Espigó también entre los autores extranjeros que dejaron en sus producciones, noticias de la metrópoli en diarios y memorias.

Esta antología es fruto de largos estudios y de un conocimiento absoluto de cuánto se había escrito hasta entonces sobre la capital de Chile. Latcham era hombre perspicaz, que abarcaba de una sola mirada todo el vasto panorama de la Literatura Chilena, y supo escoger de cada libro la página precisa para el logro de su objetivo.

En esta recopilación, tenemos una perspectiva amplia de la vida santiaguina de cuatro siglos, en sus diferentes aspectos, completada por el Prólogo de Ricardo, en el cual relata, con su estilo animado, incisivo, de adjetivación exacta y adecuada, los sucesos más trascendentales de la Historia de Chile, que tuvieron por escenario principal la vieja urbe del Mapocho. El diputado socialista, autor de esta Antología, ya había arrinconado como trasto inservible el fervoroso catolicismo de la juventud; ahora en este prólogo deja caer sus frases irónicas, punzantes, para referirse a la religiosidad de los santiaguinos; pero en lo general, no se aparta de la Verdad: De los jesuitas habla maravillas, les atribuye, no sin razón, todo lo bueno existente en Santiago, en el orden industrial, social, literario, artístico y docente: "No por haber salido los jesuitas perdió Santiago su aspecto beato y encojido —escribe Latcham socarronamente— que alimentaron a raíz de la expulsión las demás órdenes religiosas y las decadentes comunidades antiguas, cuya relajación de costumbres y pérdida de la vida en común dentro de los claustros no tuvo en Chile los caracteres de licencia y de escándalo que advirtieron en Quito y en Lima, Jorge Juan y Ulloa en sus Noticias Secretas de América".

No obstante sus ataques a los yanquis en 1926, años más tarde, 1944, prologó y tradujo a los prosistas de la *Antología de escritores*

Contemporáneos de los EE. UU., editada por Nascimento. En la versión castellana debió sortear no pocos escollos: "ha sido necesario superar muchas veces los conceptos literarios, y presentar el espíritu oculto, que sobrenadaba en estilo, o en los matices extraños de un amargo humorismo, o de los modos de expresión imaginativa o creadora".

Para verter a la lengua vernácula a los novelistas, cuentistas y ensayistas, se familiarizó con sus obras y contó con la inteligente y acuciosa colaboración del escritor español Eleazar Huerta. Los autores traducidos "pertenecen a un mundo que conoció la violencia, y sintió la inminencia del fracaso de una civilización establecida sobre el Berro de Oro. Muchos de ellos, como Hemingway, John Dos Passos, Thomas Wolfe, Edward Estlin Cummings, Kay Boyle y Steinbeck, agudizan la visión atormentada del mundo, a través de experiencias crueles y de un realismo descarnado que se sustenta en lo satírico, en lo social y en lo económico". Miel sobre hojuelas para el insaciable y avezado conocedor de las letras americanas.



El 28 de abril de 1941, don Horacio Hevia, Presidente radical de *La Nación*, en la Presidencia de don Pedro Aguirre Cerda, le llamó a ejercer la crítica literaria en el diario gobiernista, para suceder a Domingo Melfi, que había sido designado Director. Ya Latcham no era diputado. Se inició con un estudio sobre el primer volumen de la Historia de Chile de don Francisco A. Encina. Al retirarse del diario en 1952, él confesaba que había hecho más de quinientas críticas, "aparte de numerosos artículos de otra índole". Esta es la obra principal de Ricardo A. Latcham. Lector infatigable y de memoria privilegiada, conocía las obras de todos los escritores hispanoamericanos, de casi todos los españoles y de numerosos europeos y orientales. Dominaba ampliamente la materia. Citaba de memoria hasta la página del libro donde estaba la frase larga o corta a la cual hacía referencia. Su lenguaje, cuando él quería, era correcto; tiene páginas magníficas; pero no puede considerarse castizo; no podía serlo, fue extremadamente inconformista y desasosegado para ceñirse a cánones idiomáticos. Su estilo tiene la vivacidad, la inquietud, el nerviosismo y la franqueza de su verbo exuberante, pletórico de energía y vigor; manifiesta la cultura ecuménica del crítico. Aunque el léxico es rico, usa con demasiada frecuencia algunas palabras que parecen ser de su exclusividad, como "cañamazo", por ejemplo, para indicar el conjunto de algu-

nas cosas; igualmente recurre al galicismo "ancestro" en lugar del vocablo castellano "atávico".

Al despedirse de los lectores de *La Nación*, en 1952, decía: "Traté de hacer crítica objetiva e imparcial, al margen de odiosidades o preferencias políticas y religiosas". En el primer período, no fue en general tan apasionado; aunque las críticas son mordaces, irónicas y fuertes, expresión de su espíritu inquieto, agudo, movedizo y rápido.

Sin embargo, para el mejor conocimiento del escritor y del hombre, no se debe omitir una polémica originada por la crónica de *La Nación* del 17 de octubre de 1944, en la cual muestra su poca simpatía por las producciones literarias que antes aplaudió.

En aquel tiempo Roque Esteban Scarpa publicó *Voz celestial de España*, que es como una segunda edición aumentada de *Poesía religiosa española*, aparecida en las prensas de Ercilla en 1938. El crítico, sin parar mientes en la fecha de la primera obra de Scarpa, le acusó de haber plagiado la *Antología de la poesía sacra española* de Angel Valbuena, dada a luz en la Península Ibérica en 1940. Después de hacer acopio de datos acerca de los poemas espigados por uno y otro autor, y de cotejarlos prolijamente, dice Latcham: "¿Quién copió a quién? Dejamos aquí planteado el asunto y recordamos que el libro de Valbuena es anterior en cuatro años al del señor Scarpa". Pero esto no es todo: El crítico deja traslucir en su artículo una notoria malquerencia a los escritores que, por sus firmes convicciones católicas estaban muy lejos de la izquierda política o del Frente Popular de entonces. Dice, por ejemplo, que "el versificador Ricardo León sólo puede aparecer aquí (en *Voz celestial de España*) por razones de índole confesional"; más adelante supone a Scarpa entusiasmo por "los poetas franquistas", cosa que para Latcham era imperdonable en su época de socialista.

El catedrático de la Universidad Católica, herido en su probidad intelectual, refuta estas aseveraciones sólo con advertirle que casi todos los fragmentos de *Voz celestial de España*, citados por el crítico de *La Nación*, estaban ya en la edición de 1938, *Poesía religiosa española*, dos años anterior a la de Valbuena, de la cual naturalmente no pudo obtenerlos, porque no existía. En lo referente a la política, Scarpa le enrostra que: "Llegando a los contemporáneos el señor Latcham muestra su pasión política: hace crítica estético-política de mi antología, e insiste en acusaciones que le son imposibles de sostener sino sobre la base de que el autor del florilegio es tan ignaro que no ha visto ni tratado libros de autores españoles en su vida, libros que, por lo demás, están al alcance de todo el mundo".

“Digo que hace crítica política —prosigue— porque se enfurece y pierde aquella aparente medida, que se esforzaba en mostrar cuando aparecen autores que en la actualidad viven en la península. El señor Latcham se calla el que yo incluya autores modernos importantes que no aparecen en Valbuena y otros que tampoco registra el antologista español y que no son afectos al régimen”. En realidad la obra de Scarpa trae poemas, entre otros, de Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, León Felipe, Federico García Lorca, Rafael Alberti y Luis Cernuda, conocidos antifranquistas. Entre los contemporáneos, la *Antología del chileno* tiene 18 autores que también incluye Valbuena, 18 insertados por éste y excluidos por Scarpa y otros 18 insertados en *Voz celestial de España* y no en la *Antología sacra*.

El 8 de octubre replicó Latcham en *La Nación*; mas no logró destruir las tremendas y contundentes pruebas de su contrincante. Ahora el crítico no hace referencias a la *Antología sacra*, publicada dos años después de la del chileno, que había motivado sus observaciones del primer artículo, sino a la *Historia de la literatura española* del mismo Valbuena. Alude también a un artículo publicado en *El Diario Ilustrado* por el entonces Pbro. don Oscar Larson, con el seudónimo de Carlos Rosán, donde “el desapoderado presbítero” impugna con números los errores de Latcham. “Pues bien —dice Mons. Larson— contra la impresión que deja su artículo, las diferencias son mucho mayores que las semejanzas. Las vamos a expresar en cifras. En materia de autores, Valbuena trae 10 autores medievales, 36 del Siglo de Oro, 25 de los siglos XVIII y XIX, 38 autores contemporáneos. Scarpa trae: 37 autores medievales, 51 del Siglo de Oro, 22 de los siglos XVIII y XIX, 38 autores contemporáneos. Scarpa trae, además, 27 poesías anónimas que no están en Valbuena, y que son villancicos, romances, saetas y fragmentos de autos sacramentales”. En cuanto a diferencias de poemas —afirma Larson— Valbuena trae 265, Scarpa 466.

Roque Esteban Scarpa escribió para responder la evasiva réplica de Latcham, pero Domingo Melfi, Director de *La Nación*, no quiso publicarlo por no desautorizar al crítico del diario. El joven profesor de la Universidad Católica sostiene, en ese artículo inédito, que Latcham “prodiga en su contra respuesta— “los en cierto modo”, “los casi”, “los no es lo mejor”. Le arguye que él difiere esencialmente de Valbuena en sus preferencias: Scarpa las tiene por lo lírico, lo subjetivo y lo popular, como puede testimoniarlo con una simple lectura de los poemas escogidos; entre tanto, las preferencias del tratadista español “van por lo descriptivo, lo conceptista, lo retórico, lo barroco”, “formas literarias que a nuestro juicio —escribe el autor de *Voz cele-*

tial de España— trasuntan sordamente lo inefable que ha de llevar la poesía que tenga como tema las alegrías y las angustias del hombre frente a la divinidad". Insiste en que no ha podido someter su criterio al de Valbuena, como afirma Latcham, porque ambos poseen distintos gustos literarios; finalmente, aduce algunos de los elogiosos juicios críticos con que lo favoreció antes.

No hay duda que Ricardo A. Latcham se equivocó en su apreciación sobre la Antología de Roque Esteban Scarpa. Seguramente no tuvo a mano *Poesía religiosa española* y dio "el traspies", como dijo Mons. Larson.

No obstante, Ricardo A. Latcham, que era apasionado, pero nunca hombre de odios, favoreció a Scarpa con su voto, como Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, para nombrarlo catedrático de Literatura Comparada, en el Instituto Pedagógico, después de brillante prueba, rendida ante una comisión presidida por el mismo Decano (1945).

Sería imposible reseñar, en un ensayo, todo cuanto salió de la pluma ágil y combativa de Latcham; preferimos copiar aquí sus propias palabras referente a esos once prolíficos años de labor crítica en *La Nación* de Santiago: "Ha sido particularmente grato para mí, como crítico, haberme anticipado al juicio público y al éxito de valiosas obras nacionales. La Historia de Chile, de don Francisco A. Encina, coincidió al aparecer, con mi estreno en estas columnas. Después acerté al anunciar el buen suceso de libros que hoy ostentan el rótulo de "best sellers": *Ranquil* de Reinaldo Lomboy; *Cabo de Hornos* de Francisco Coloane; *La sangre y la esperanza* de Nicomedes Guzmán; *Gran señor y rajadiablos* de Eduardo Barrios; *Coirón* de Daniel Belmar; *Hijo de ladrón* de Manuel Rojas".

"Lo mismo puedo decir de poetas nuevos o desconocidos que aquí fueron estimulados en su soledad creadora. No tuve nunca límites de índole estética, literaria, política o social para descubrir valores o destacar aspectos singulares de un escritor. Aunque sea innecesario, debo añadir que figuras peligrosas en momentos de violencia institucional, fueron de idéntica manera saludadas con una glosa comprensiva. Así ocurrió con el *Canto general* de Pablo Neruda; con un panfleto del valeroso prosista civil Carlos Vicuña Fuentes, con *Hijo del Salitre* de Volodia Teitelboim", y otras.

Por curiosa coincidencia la mayoría de los autores chilenos estimulados por el crítico de *La Nación* eran socialistas y comunistas.

Aunque, como ya se ha dicho, poseía un temperamento apasionado, la generalidad de sus crónicas literarias, en el período de 1941-

1958, están exentas de prejuicios políticos, sociales, religiosos y anti-religiosos.

Mariano Picón Salas, compañero de Latcham en la revista *Indice*, amigo y admirador del colega chileno, y tal vez el más recio estilista venezolano de nuestro siglo, muerto pocos días antes de Ricardo, escribía en *El Nacional* de Caracas, a propósito de una visita de su antiguo compañero de *Indice* a la patria de Bello: "Muerto Henríquez Ureña, humanista universal de todo el continente, quizás no hay en América, quien conozca la literatura de nuestros países en su más minuciosa extensión, como Latcham. Viajó por todas partes, descabaló bibliotecas, sumó todos los datos en su memoria oceánica para darnos esos panoramas con que la exactitud se conjuga con la alacridad y la gracia que constituyen desde hace años semanal regocijo de los lectores de su columna en *La Nación* y en *El Diario Ilustrado* de Santiago de Chile. Le llevan los libros de América para que los compare y los juzgue como juez de la Corte Suprema de las Letras".

Para trazar la semblanza literaria de un hombre tan inquieto y movedizo como Ricardo A. Latcham, no es fácil ajustarse a una estricta cronología en su vida y obra, de tal manera que ahora vamos a estudiar sus libros y producciones a partir de 1944 hasta 1962, porque todas ellas tienen relación con la hermenéutica literaria y el ensayo crítico; en seguida nos referiremos a sus interminables viajes y a sus últimas actividades diplomáticas y académicas.



Bajo los auspicios del Pen Club, Latcham publicó, en 1944, *12 ensayos*. Entre ellos hay algunos de trascendencia para las letras hispano-americanas: el primero, "Elogio de Coquimbo", está dedicado a exaltar su tierra nativa. Hay en estas páginas un verdadero canto en prosa al apacible terruño donde nació, aunque parezca extraño, el más intranquilo y desapacible crítico chileno. Todo lo enfoca: geografía, raza, historia, costumbres, tradiciones, folklore; nada se escapa a su larga mirada de artista y erudito. Leamos sólo unas cuantas líneas: "El torpor, la languidez, la dejación sensual de La Serena evocan a las ciudades de la tierra caliente, a la Popayán afamada, al Trujillo de Pizarro, al verde valle del Cauca. Los cortinajes de los papayos, las caricias de los chirimoyos, el bisbiseo de los palmares envuelven al forastero en una blanda atmósfera, en un moroso desmayo que disuelve la voluntad. El cielo tiene veladuras de nubes y el clima matinal se arroja en túnicas de niebla".

Acerca de "Meditación del ají", transcribiremos algunas frases del artículo que escribió a la muerte de Latcham, el Director de la Academia Boliviana de la Lengua, Porfirio Díaz Machicao, fino estilista del Altiplano: "Bella es su meditación sobre el ají, de donde emerge —tiene razón— una fisonomía apasionada y calenturienta de peruanos, mexicanos y bolivianos. Ají tienen las páginas de nuestro Medinacelli en "La Chaskañahui" y ají tienen las escenas de la obra mestiza de Díaz Villamil. El mismo Latcham lo dijo: "La meditación del ají, nacida en las picanterías, cuando lloraban los yaravíes, o se tesaban los gallos de raza, nos metió en la vértebra de América".

"Calaba, pues, en América. Conocía las rendijas importantes por donde es posible ver el alma continental. Producto de su observación y de su conocimiento fue el vigor de su cátedra y su labor como crítico literario. Ninguno como él para puntualizar la circunstancia, el motivo, la influencia, el ambiente de una obra"².

En "Literatura Peruana", hay observaciones personales, juicios exactos y acertadas comparaciones entre Díez Canseco y Joaquín Edwards Bello, verbigracia, que acusan pleno dominio de las letras hispano-americanas. En dos meses estudió las letras del Perú, y las caló hasta la médula: "ella se nutre, dijo, de dos grandes tradiciones: la incaica derramada en todo su rico folklore, y la española, alimentada por un turbión de cronistas civiles, militares y eclesiásticos en cuyo solo estudio habría tema para largas vigiliass desde el conocimiento del detallista Miguel de Estete, el minucioso Pedro Pizarro hasta las dolorosas fuentes sinópticas de un Cieza de León o de un Garcilaso Inca".

Hizo el Prólogo a *La carreta*, de su incomparable amigo, el uruguayo Enrique Amorim, que inserta también en *12 ensayos*. En él hace discreta gala de percibir en toda su intención y extensión, el contenido de la obra del novelista salteño, espíritu gemelo al de Latcham. Amorim es un "criollazo", dice, "con una permanente adhesión al terruño".

Nada diremos aquí de los estudios dedicados a "Dos novelas cubanas", a "Los cuentos y novelas de Carlos Montenegro", a "El cid de Huidobro", a *Mapu* de Mariano Latorre; pero no podemos menos de objetarle su áspera crítica al ensayo *Las tres colonias* del malogrado humanista Eduardo Solar Correa; ella es injusta, cuando pretende contradecir al autor católico, porque establece, entre otras cosas, la pobreza intelectual de la Conquista, motivada por la guerra de Arauco. Los conquistadores, afirma Latcham, "no fueron todos tan insignificantes". El que prueba mucho no prueba nada; Solar Correa no niega que hubo grandes conquistadores, pero la mayoría era casi anal-

fabeta. En el mismo error incurre el crítico al reprochar a Solar Correa su juicio acerca de las buenas costumbres del clero y de los religiosos en el siglo xviii. Quiere contradecir al autor con palabras del historiador Carlos Silva Cotapos, quien, después de salir en defensa de la Compañía de Jesús, dice que además "les censuraban más de un defecto grave". —Nadie discute la relajación de algunos frailes; pero de aquí a sostener la absoluta y general relajación de costumbres del clero" en la centuria del xviii, hay un abismo. El mismo Latcham, en el hermoso prólogo de *Estampas del nuevo extremo*, afirma que "la relajación de costumbres y pérdida de la vida en común dentro de los claustros no tuvo en Chile los caracteres de licencia y escándalo que advirtieron en Quito y en Lima"... En esta crítica sobre *Las tres colonias*, hay una notoria tendencia anticatólica.

El 16 de abril de 1953, recibió a Mariano Latorre en la Facultad de Filosofía y Educación. Se refirió con lujo de pormenores a la obra del escritor, y analizó su labor como jefe de la escuela criollista: "El plan que concibió Latorre al bosquejar las directivas de su futura acción literaria, fue captar la casi totalidad de la existencia criolla en una especie de visión épica que abarcara al chileno en todas las etapas laboriosas y dramáticas de su peripecia habitual".

Renglones más adelante, manifiesta su admiración por la obra criollista de Latorre y afirma: "con todas las complacencias descriptivas de Latorre y a pesar del abundante uso de chilenismos que justifica, basado en las opiniones científicas del profesor Rodolfo Lenz, se puede afirmar, en descargo suyo, que siempre concibió el criollismo como una etapa natural de nuestro crecimiento literario".

Al año siguiente participó en la querella del criollismo, en la cual intervinieron Ernesto Montenegro y Manuel Vega. El 25 de junio de 1954, en el Salón de Honor de la Universidad del Estado, Latcham hizo la Historia de esta escuela, desde el costumbrismo romántico de Sarmiento y Lastarria, hasta la generación del centenario, formada por d'Halmar, Guillermo Labarca, Rafael Maluenda, Fernando Santiván, Joaquín Edwards Bello y otros. Considera también el neocriollismo de Coloane y de Nicomedes Guzmán. Insiste en denominar a Latorre: "principal jerarca del criollismo", y lo defiende de las críticas de Alone, de 1912 y 1954, en las cuales califica su estilo de "recargado y disparejo". Dice que el criollismo de Latorre posee tres o cuatro etapas. En cuanto a estilo, "con perdón de Alone, declara, prefiero *Zurzulita*". "Su estilo —escribe en el Prólogo de la 5ª edición de esta novela— es de los mejores que existen en Hispanoamérica".

El estudio de Latcham sobre el criollismo, es de los más completos,

exhaustivos y desapasionados; no obstante la brevedad, pocos como él han penetrado en la médula de la literatura autóctona; tenía autoridad para decir que "el criollismo chileno es hijo genuino del naturalismo y, por eso es conveniente revisar la llamada generación de 1900. En 1910 se publican las obras más decisivas del llamado criollismo, y también otras que son de gran consistencia en el desarrollo cultural del país. Habría entonces dos generaciones de criollistas precursores: una que surge cuando comienza el siglo, y otra que madura el ápice de 1910".

En 1956 quedó vacante, en la Academia de la Lengua, el sillón de don Misael Correa Pastene. Una gran tormenta sacudía a la Corporación. La tozudez de algunos pretendía imponer un nombre, para cuya elección alegaban un compromiso, hecho dos años antes, pero ya revocado solemnemente en una sesión. La mayoría rechazaba a ese candidato, porque no había llegado su hora. En este evento, Roque Esteban Scarpa, contra viento y marea, lanzó el nombre de su antiguo contendor de 1944, indiscutido por sus méritos literarios, pero cuya actuación había levantado violentas tempestades. En una de las sesiones más tormentosas de que haya memoria en la Academia de la Lengua, Latcham fue elegido por siete votos contra seis. Ningún inmortal podía resistir en justicia la personalidad del vencedor.

Con el beneplácito de todos se incorporó en la Academia el 14 de diciembre de 1956. El discurso de rigor resultó algo inusitado en juntas académicas de esta índole: el tema fue la propia vida del recipiendario, su autobiografía. Refirió con gracejo los sucesos más importantes de su existencia, íntimamente vinculados a la historia de los últimos 35 años de las letras chilenas. En la primera parte rememora su iniciación en las letras, y en la otra evoca las tertulias literarias que frecuentó en su juventud. Finalmente, en pocas líneas, con mucha exactitud y colorido, hace el retrato de numerosos escritores chilenos y extranjeros. Las páginas de este discurso singular, hecho con máxima destreza, destilan buen humor y cordialidad. De su antecesor se ocupa muy poco y lo mejor es esta imagen diseñada con picardía, que pinta de cuerpo entero a don Misael Correa Pastene y caracteriza maravillosamente su personalidad: "Su cabeza robusta, de cara morena, alargábase en una perilla semejante a la de Pedro de Valdivia. Desde que lo conocí no pude concebirlo con traje de la época; le puse, con la imaginación, coraza de acero y sobre el pecho una cruz con puntas flordelisadas; en vez de cuello, alta golilla, tiesa de almidón". El retrato vale más que un largo discurso sobre su antecesor. Finalmente manifestó que don Misael no pudo escribir obras para expresar su

pensamiento, "porque —como dijo el colombiano Carlos Restrepo— cuando se escribe para comer, ni se escribe ni se come".

En 1958, Zig-Zag publicó la *Antología del Cuento hispanoamericano*, preparada por Ricardo A. Latcham, cuya primera edición se agotó en poco tiempo; cuatro años más tarde, 1962, la misma editorial lanzó la segunda.

Con gran caudal de erudición, muy bien graduada por su espíritu crítico, sutil, seguro y metódico, el antologista hace una compendiosa historia del Cuento en América Española. Hay aquí un panorama exhaustivo de todas las corrientes y tendencias del relato en nuestras tierras de origen ibérico que surge en las cercanías de 1910.

Los cuentistas que aparecen, son la flor y nata del continente. Latcham no tolera la mediocridad; y en la selección sólo encontró 66 autores dignos de figurar en ella. Mientras los demás países, los más fértiles en este género, apenas ofrecen al crítico siete y seis nombres, como Venezuela, Colombia y Uruguay, respectivamente, Chile le entrega diez.

"El cuento rural y el de la ciudad; el cuento de contenido social y el estrictamente psicológico; el cuento antiimperialista y el existencial, toda la gama de temas y actitudes se encuentra expuesta en esta substanciosa y esmerada antología. Notas bibliográficas de los autores facilitan su ubicación y los datos esenciales de su actividad literaria"³.

Carnet crítico es la última obra de nuestro autor, editada por él mismo en Montevideo en 1962. En ella enfoca, con su poderoso lente crítico, la labor literaria de algunos escritores mexicanos, colombianos, venezolanos, uruguayos y chilenos. Sin darse aires de sabihondo, pero con esa seguridad de quien ha explorado sin titubear hasta los últimos vericuetos de la literatura continental, Ricardo A. Latcham penetra en el meollo de la producción literaria de estos autores y la estudia en su contenido global, con acopio de valiosos antecedentes que le permiten adentrarse en la personalidad del autor y en lo que su labor significa en el ámbito de las letras patrias e hispanoamericanas. Todo esto revela un maduro examen de la obra de los escritores, que jamás deja de cotejar con otras de la misma índole en los diversos países. El estilo ha llegado, en este libro, al máximo de su riqueza expresiva. Hay estudios de gran mérito, no sólo en cuanto a la fuerza y vivacidad de la forma irreprochable, sino también por el valor comparativo y psicológico de los escritores. Esto es aún más evidente cuando se refiere a sus compañeros y amigos: Mariano Picón Salas, Enrique Amorim y Enrique Lafourcade, o a los grandes maestros de la novela y de la crítica hispanoamericana: Mariano Azuela y Alberto Zum-Felde. A Picón Sa-

las, compañero del autor hasta en la muerte, dedica cuatro artículos, en los cuales ofrece una fisonomía real y acabada del célebre estético y creador venezolano que, guardadas las debidas proporciones, a semejanza de su compatriota Andrés Bello, ejerció entre nosotros decisivo influjo literario durante los años de 1928-1935. Revisa, con especial interés y acuciosidad, el definitivo libro *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas*, 1954, de Zum-Felde. "Hay, pues, dice Latcham, como rasgo general en el ensayo continental un intento por hacer de América un esfuerzo arduo de autoconocimiento y de auto-definición".

El hombre de letras que intente escribir seriamente la Historia de la Literatura Hispanoamericana, que fue el grande anhelo de Ricardo A. Latcham, tendrá que recurrir obligadamente al escasísimo libro *Carnet crítico*, para el cual pudo haber escogido un nombre mejor.

En 1958, los *Anales de la Universidad de Chile* insertaron el ensayo "Blest Gana y la novela realista", del cual se hizo una separata. Latcham conoce de pe a pa la obra de Blest Gana y de todos los cultivadores chilenos de este género, y la coteja con las de los novelistas franceses, especialmente con las de Balzac, en las cuales se inspiró el autor nacional, "en cuya obra se mantuvo dentro de la objetividad del viejo realismo y no pudo o no quiso nunca sobrepasar sus tradicionales fronteras".



Ahora retrocedamos un poco en la actividad literaria del escritor recién fallecido, para reseñar, aunque sea en unas cuantas líneas, sus colaboraciones en esta revista *Atenea*, señera en el movimiento intelectual chileno de nuestro siglo xx.

Desde 1929, ilustra estas páginas; pero recordemos sólo algunos de sus valiosos trabajos: Su cuento "La Sombra del Abuelo", publicado en el N° 57 del mes de septiembre del mismo año, y cinco de sus ensayos: "Las ideas del Movimiento Literario de 1842", "La Poesía de Cataluña", "La obra de Juan Espinosa", "Andrés Eloy Blanco" y "Perspectivas de la Literatura Hispanoamericana Contemporánea. La novela".

"La Sombra del Abuelo" es de lo mejor que salió de su pluma, no pocas veces destartalada, fruto, tal vez, de su inconsistencia ideológica. En este relato, Latcham evoca los risueños días de la infancia, con esa gracia zumbona, mezcla de ingenuidad inglesa y picardía criolla que

había en la esencia misma de su compleja personalidad. Si la figura del abuelo, gruñón, desabrido y áspero, posee en la pluma del crítico los ricos matices de un estilo depurado, pero de una simplicidad arrebatadora; la de su abuela tiene ese aire suave, desenvuelto, armonioso y femenino que despierta simpatías y afectos; por lo que naturalmente resulta como el polo opuesto del abuelo Tomás: "La abuela vivía en el otro patio, amortajada en sus trajes negros de la época victoriana. De un patio a otro descendían insensiblemente los grados de la cordialidad. La abuela, dulce y fina viñeta de otra edad, conservó siempre la tersura de su rostro blanco y lechoso, que no mancilló el cosmético, ni aun el suave realce de los polvos de arroz. Señorial y bondadosa, su vida se disolvía dulcemente como una antigua canción que se lleva el viento. Algo, empero, los unía: la religión puritana".

"Para mí educado en el catolicismo suntuoso y ritual por la austérrima tía Mercedes, la casa de los abuelos me dejó siempre un hueco en el corazón. El Dios de ellos era más duro, más victorioso que el suave Dios de los villancicos monjiles y de las mil canciones místicas y amorosas con que lo cantaban las Clarisas. Nunca el Dios puritano me dio vuelcos en el corazón, ni jamás tuvo virtudes, ni surtidor, ni roscas, ni dulces, ni flanes, ni canciones gratas".

Quizás si ya en aquella época comenzaron a barruntar en el niño las inquietudes y zozobras religiosas y políticas que afloraron en el espíritu de Ricardo A. Latcham después de los 26 años.

El agudo crítico literario sólo escribió otro cuento: "La magia de Mr. Cubb", que no pasó de la mediocridad.

En "Las ideas del movimiento literario de 1842", atribuye a José Victorino Lastarria grande influjo en el incremento de las letras nacionales: "La síntesis literaria del pensamiento de Lastarria es verter los asuntos originales del medio nacional en las formas de un estilo castellano". Le gustaba a Lastarria la prosa castellana, "pero su anti-españolismo social y político —dice el ensayista— buscaba nuevos motivos de inspiración en la naturaleza americana".

"Este aspecto de Lastarria; como precursor de nuevas maneras literarias en Chile, es indiscutible a pesar de la obstinación de ambiguos escritores en presentarlo con limitada perspectiva". Lastarria puede disgustarnos en muchos aspectos de su laboriosa vida, pero tiene el mérito indiscutible de haber abogado por una literatura chilena original.

A la muerte del escritor, poeta y hombre público venezolano, Andrés Bello, Latcham trazó su semblanza y examinó la obra literaria en la cual interpretó "sinceramente las vivencias del hombre común, del campesino, del obrero y del letrado, que ahora recuerdan

su inmaculada imagen de tribuno, de egregio hombre civil y de poeta criollo y castizo que nacionalizó lo regional y exaltó con fervor esclarecido lo venezolano".

"Perspectivas de la Literatura Hispanoamericana Contemporánea. La Novela", podría señalarse como uno de los mejores exponentes del vasto saber de Latcham en materia de letras hispanoamericanas. Como Pedro por su casa, incursiona en el dilatado y complejo campo de la novelística de habla española. Reconoce el influjo de los modernos creadores europeos y norteamericanos, sobre los de este Continente joven. Comienza con México, donde prima la temática revolucionaria, depurada, fuerte y original. Pasa por Centroamérica y no se le escapa, como en Nueva España, autor de importancia; va enseguida a Cuba y a Santo Domingo, las islas trágicas; penetra después en Venezuela, clogia la novela de Picón Salas, y dice que el género está "alcanzando allí su madurez". Se detiene en Colombia, país que ha superado ya los prejuicios y muestra una novela propia. Exalta a José Eustasio Rivera, autor de *La vorágine*, y a Gabriel García Márquez, discípulo de William Faulkner. A las novelas ecuatoriana y peruana, les dedica un serio estudio, y reconoce que el cetro de la última lo tiene ahora Ciro Alegría con *El mundo es ancho y ajeno* (1941). Examina también la novela del Altiplano, y reconoce que existen valores indiscutibles como Carlos Medinacelli, autor de la *Chaskañawi* (1947), en el cual admira "la capacidad femenina de las cholas y su influencia a través de la sexualidad y el trabajo sobre el blanco". Termina con el estudio de las novelas argentina y uruguaya. La primera se renueva con la obra del tríptico Güiraldes, Mallea y Borges, y el prestigio se consolida en la generación de 1950. En cuanto a la uruguaya, sostiene que aún predomina el tema rural. "Alguien dijo en broma que el Uruguay es una campaña que limita con Montevideo".

No trata en este ensayo la novela chilena, a la cual ha dedicado otros trabajos.



Por su mismo temperamento, nuestro compañero no podía estar inmóvil; le fascinaban los viajes; anduvo por todas partes del mundo en misión cultural. En 1941 fue a Buenos Aires, invitado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, a dar un curso sobre la evolución política y social de Chile. En 1942 recibió "nuevos convites", patrocinados por las universidades argentinas y uruguayas, en las cuales ofreció numerosas conferencias. En 1946 estuvo en Colombia

con el mismo objeto. Al año siguiente visitó Europa, por segunda vez. En 1947 dictó cursos en Inglaterra, invitado por el British Council; en Checoslovaquia, bajo los auspicios de la Universidad de San Carlos de Praga, y en Francia, patrocinado por el Pen Club, que entonces dirigía el malogrado Henri Membre. En Madrid dictó un curso sobre la Novela Hispanoamericana, tema que dominaba. Poco después estuvo en Panamá y Bolivia. En 1949 regentó un curso de Literatura Hispanoamericana en Middelbury College de Vermont en Estados Unidos, donde fue huésped del Departamento de Estado. Su voz se escuchó también en México, Guatemala, El Salvador, Costa Rica y Panamá. Sus oyentes pudieron admirar la sapiencia, agilidad intelectual y destreza oratoria para comunicarse con el auditorio. En 1951 la Universidad de San Marcos de Lima reunió el Congreso de Peruanistas donde fue invitado y presidió la sección Literatura y Filología. En 1956 volvió a Cuba, por la cual tenía gran cariño, y a Venezuela. En ambos países dio conferencias en los círculos universitarios y literarios.

Todos estos viajes los relacionaba él con su labor de crítico de *La Nación*.

Tuvo una actividad asombrosa; peregrinó por todos los caminos de Europa y América. Recorrió íntegro el itinerario de su inquietud. América y parte del Viejo Mundo admiraron su verba sabia, elocuente, zumbona y a veces difusa.



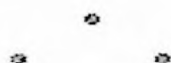
Las letras chilenas no le escatimaron honores: presidió el Pen Club y la Sociedad Chilena de Escritores.

Comencé a tratar al crítico, con mucha intimidación, desde su bullado ingreso a la Academia Chilena de la Lengua. Confieso que no sentía por él ningún afecto, le había dado el voto solamente por el valor de su obra literaria. En poco tiempo nos conocimos y llegamos a ser tan amigos que, contrariamente a su costumbre, en todos los círculos hacía grandes e inmerecidos elogios del colega sacerdote.

En la Academia nunca rehuyó el trabajo: formó parte de los jurados, pocas veces faltó a las sesiones, y cada vez que se le pidió algún trabajo o discurso, lo hizo a entera satisfacción de sus colegas. Representó, por ejemplo, a la Academia en los funerales de don Samuel A. Lillo, a quien rindió caluroso homenaje, a pesar de los duros y mutuos ataques que se hicieron en las revistas *Índice* y *El Ateneo*.

Recibió a un nuevo colega, por cuyo ingreso se empeñó. El discurso

de recepción, también muy anecdótico, semejante al de su incorporación, animó la velada.



En 1958 presidió el Comité de Intelectuales y Artistas partidarios de la candidatura presidencial derechista de don Jorge Alessandri Rodríguez, hijo del gran Presidente que tanto había combatido durante sus dos períodos.

Latcham empleó todo su entusiasmo, vehemencia, facundia e ironía para exaltar dicha postulación presidencial y zaherir las de Eduardo Frei y Salvador Allende. Nada le importó la crítica de sus antiguos amigos y cofrades de izquierda, ahora sus adversarios, por haber virado violentamente de la izquierda hacia la derecha. El creía, en conciencia, que el señor Alessandri era el mejor de los tres candidatos, el más apto para el ejercicio de la magistratura suprema.

El día de la relativa victoria, los partidarios del señor Alessandri se concentraron frente a un vespertino, próximo al hogar del escritor alessandrista, en cuyas columnas se había atacado violentamente al candidato triunfante. Como la situación era peligrosa, Latcham, aunque eufórico por la victoria, se comunicó por teléfono con el jefe de crónica del diario para ofrecerle asilo en su casa. Ricardo no era vengativo: le gustaba discutir y hasta pelear; se acaloraba fácilmente, pero la cosa no pasaba de allí. En una ocasión tuvo un violento cambio de palabras con Manuel Vega, de tranquila apariencia, pero también muy aficionado a las discusiones agrias, en la Embajada de Venezuela. A los dos días estaban tan amigos como antes de la enojosa cuestión, agravada, sin duda, por el whisky.

Alguien observó que en los funerales de Ricardo había hombres y mujeres de todas las ideologías políticas y de las más diversas clases sociales, porque el difunto literato tenía adversarios, pero nunca tuvo enemigos.



Poco después que llegó a La Moneda el señor Alessandri Rodríguez, el Presidente del Comité de los Intelectuales y Artistas de su candidatura fue nombrado Embajador en Uruguay.

Durante los cuatro años de su permanencia en aquel país, donde tenía muchos amigos y admiradores, en compañía de su esposa, señora

Alicia Rivera Reyes, que fue una magnífica Embajadora, Latcham realizó una labor cultural de mucha trascendencia para el mejor conocimiento de la literatura y de las Bellas Artes de nuestro país. Por iniciativa del incansable Embajador chileno, y editado bajo los auspicios del Instituto Cultural Uruguayo-Chileno, el escritor Walter Rela publicó, con prólogo de Ricardo A. Latcham, *Contribución a la bibliografía del Teatro Chileno, 1804-1960*. Este trabajo hacía mucha falta para realizar un completo estudio histórico-crítico del Teatro Nacional. El prologuista dice que el Teatro de nuestro país nació en los atrios de los templos, durante la Colonia, y destaca el influjo de don Andrés Bello en su acrecentamiento bajo el período republicano.

A raíz del sismo de 1960, los embajadores chilenos, especialmente la señora de Latcham, hicieron un gran movimiento para procurar la ayuda del Uruguay a Chile.

La natural vehemencia y ruda franqueza, incontroladas del Embajador de Chile, no se avenían mucho con la vida diplomática y el protocolo; sin embargo, entre los intelectuales, universitarios y gente del pueblo, fuimos testigos, no sólo una vez, de cuánto se le admiraba y quería en Uruguay. Su opinión como hombre de letras, erudito y de buen gusto, era allí por todos respetada. Concuerdo plenamente con la opinión del escritor Gonzalo Drago, en el sentido de que Ricardo A. Latcham, fue "uno de los embajadores más populares que ha tenido Chile en la democrática República Oriental del Uruguay. En su villa "Pajarito", bautizada así en honor de su mujer, a quien apodaba con este nombre, "los chilenos encontraban un pedazo de su patria". Su Eminencia, el Cardenal-Académico, Mons. Barbieri, y los nuncios apostólicos, fueron amigos de Ricardo y le estimaron más como escritor y hombre sencillo, espontáneo y dicharachero, que como diplomático.

Regresó al país en el verano de 1963, y fue destinado a servir el cargo de Director del Departamento de Relaciones Culturales en la Cancillería, con su título de Embajador.

De inmediato volvió a sus habituales tareas académicas y, poco después, a la crítica literaria de *La Nación*, cargo que mantuvo hasta el 4 de noviembre de 1964.

En este breve período su labor casi se identifica con la de 1941-1958; pero le faltó más imparcialidad. Durante los dos años de su magisterio crítico, el Centro de Investigaciones de Literatura Comparada de la Universidad de Chile publicó once trabajos entre libros y cuadernos. Hubo algunos excepcionalmente notables como *Thomas Mann. Una personalidad en una obra*, cuyo autor es el propio jefe del Cen-

tro, Roque Esteban Scarpa; *Eliot, el hombre no el viejo gato* de Esperanza Aguilar, el primero premiado por la Universidad de Concepción y la Municipalidad de Santiago, y el otro también laureado por esta Corporación. Mientras los críticos nacionales, americanos y europeos comentaban elogiosamente estas obras, Ricardo A. Latcham, sistemáticamente las silenciaba, por el criterio tan particular que tenía sobre la existencia del género Ensayo en nuestro país. Olvidaba el acrecentamiento extraordinario que había cobrado este género en Chile, gracias a los Institutos y profesores de la Universidad del Estado, que le han dado grande impulso. Recordemos los ensayos de Jorge Millas, Luis Oyarzún, Félix Schwartzmann y Roque Esteban Scarpa. Lo mismo podríamos decir de cómo ignoró libros de sacerdotes, que fueron excesivamente alabados por todos los críticos chilenos y extranjeros.

Como lo advertía su esposa y personas de la intimidad de Ricardo, a las cuales puedo sumarme, no le perturbaban los odios ni los resentimientos; pero era hombre con todos los defectos y debilidades de la especie humana.

Estuvimos juntos con Julio Barrenechea, en el iv Congreso de Academias de Buenos Aires, efectuado entre el 30 de noviembre y el 10 de diciembre del año pasado de 1964. Le pedimos que no hablara de política; Latcham accedió y no faltó al compromiso contraído con sus colegas, en los actos oficiales ni en las entrevistas de prensa; pero en las conversaciones privadas y en los círculos políticos izquierdistas que frecuentó, ahí no se contuvo. Era demasiado pedirle a Ricardo. En las elecciones presidenciales de septiembre de 1964, se declaró partidario, públicamente, de la candidatura del doctor Salvador Allende que había combatido en 1958. Admiraba personalmente al Presidente Eduardo Frei, por su indiscutida inteligencia, capacidad, cultura y reciedumbre moral; pero decía que no le gustaban "los beatos". Como antiguo conservador rechazaba la doctrina Demócrata Cristiana; en sus últimos días, se declaraba monarquista. Hasta su muerte, fue un hombre esencialmente contradictorio e inconformista. El Presidente Frei también admiraba a Latcham como escritor.

En el Congreso habló poco, y las veces que lo hizo, en el homenaje a Gamboa y en la sesión de clausura en nombre de Chile, los delegados valoramos una vez más los serios y amplios conocimientos del orador, acerca de la literatura hispanoamericana. Para hablar, jamás recurrió al papel.

Donde él disertaba a sus anchas, era en los corrillos, en la conversación íntima. Todos admiraban su memorión: mencionaba nombres de autores; emitía juicios certeros de las obras; refería deliciosas anécdotes.

tas de nuestros escritores o lanzaba un dardo punzante contra algún literato o estadista; y todo esto dicho con su índice levantado y con tanta hilaridad, que, allí donde él estaba, había siempre risas y carcajadas estruendosas. En el vestíbulo del Hotel Claridge le rodeaban los colegas de todas las naciones, para escucharle con fruición; en las horas libres del Congreso, muchos preferían quedarse allí para disfrutar de su conversación.

En la sesión de clausura, agradeció las atenciones recibidas por nuestra delegación, del Gobierno y la Academia Argentina. Cuando le pedí que nos representara en aquel acto, después de excusarse y decirme que era al jefe de la delegación a quien correspondía ese honor, respondió: "Bueno, al fin y al cabo no se ha fijado Ud. en un cualquiera". Ricardo A. Latcham, hombre sencillo y espontáneo, no era humilde a la chilena. En su discurso, muy bien preparado, mas no escrito, se refirió a la tradición humanística chilena, y a los egregios sacerdotes que han cultivado las letras clásicas en nuestro país: Manuel Antonio Román, su nunca olvidado maestro, Juan Rafael Salas Errázuriz y Guillermo Jünemann. Finalmente rindió homenaje a la Real Academia Española.

En Buenos Aires, continuamente recordaba a su esposa, la comprensiva, inteligente y cristiana señora Alicia Rivera, que frenaba los ímpetus de Ricardo, a quien ella admiraba y quería. La señora Alicia había puesto a Latcham bajo mi vigilancia, a fin de que no comiera demasiado, especialmente en la cena. Cuando llegaba en la noche, iba a la mesa donde estaba el cura y allí, después que se hartaba, me decía: "Ud. no come nada; como Ud. ve yo he comido poco. Alicia me puso bajo su vigilancia y por eso me dejó venir".

Al separarse de la delegación, para viajar a Uruguay, donde era esperado por sus amigos, me manifestó: "Cuando llegue no deje de hablar con Alicia, por teléfono, y dígame que llegaré antes de Navidad; no le va a gustar mi tardanza, pero le he comprado una miniatura, de esas que a ella le gustan, y la voy a dejar contenta; no le vaya a decir lo que he comido. Yo quiero mucho a Alicia". Así era el crítico, un hombre vehemente, apasionado, franco y con alma de niño.

Regresó a Chile a fines de diciembre, y poco después se dirigió con su esposa a Valparaíso, donde dictó un curso de Literatura en la Escuela de Verano de la Universidad de Chile, que funcionó en la de Santa María.

Ya estaba jubilado de su cargo en el Ministerio de Relaciones.

Pasó unos pocos días de enero en Santiago, época en que se le nombró de nuevo profesor del Instituto Pedagógico. Partió a La Habana

para integrar el jurado del 5º Concurso Literario Hispanoamericano de la Casa de las Américas.

Viajó con la señora Alicia, tal vez porque presentía su próximo fin. Antes de irse testó y declaró que moriría en Cuba.

Ante la sorpresa de su mujer, falleció casi instantáneamente de un ataque cardíaco en su cama del departamento que ocupaba en el Hotel de La Habana el 25 de enero de este año de 1965. El Gobierno cubano se hizo cargo de los funerales y prestó a la viuda las mejores atenciones, hasta dejarla instalada en el avión que condujo a Chile los restos de Ricardo.

El 30 llegó al país su cuerpo embalsamado. Se le veló en su inmensa biblioteca de la Avda. Holanda, formada con grande esfuerzo y cariño, a través de 45 años de dilatada labor literaria. Era una de las librerías particulares más ricas del país y de Hispanoamérica.

La vida y la obra de Ricardo A. Latcham llenan cuarenta y cinco largos años de nuestra historia literaria. 1920-1965.

¹Discurso de Incorporación en la Academia Chilena de la Lengua. (Inédito).

²*Presencia de la Paz*, Bolivia, 2 de febrero de 1965.

³Julio César Jobet, ATENEA, "Al-

gunos Colaboradores de ATENEA. T. CLIV, Nº 404, p. 163.

Todas las demás citas son de las obras de Latcham, de sus críticas en *La Nación* y de otros libros, cuya Bibliografía va a continuación:

B I B L I O G R A F I A

Ricardo A. Latcham. *Escalpelo*, MCMXXVI, Imprenta San José.

- Chuquicamata, Estado Yankee*, 1926, Nascimento.
- Vidas ardientes*, novela, 1926, Nascimento.
- Itinerario de la inquietud*, 1931, Nascimento.
- Vida de Manuel Rodríguez*, 1932, Nascimento.
- Estampas del nuevo extremo*, 1941, Nascimento.

—*12 Ensayos*, PEN, Club de Chile, 1944.

—*Antología de escritores contemporáneos de los Estados Unidos*, 1944, Nascimento.

—*Antología del Cuento Hispanoamericano*, I Ed., 1958, y II, 1962, Zig-Zag.

—*Carnet crítico*, Montevideo, Uruguay, 1962.

—Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Educación. Discursos académicos pronunciados

- en la sesión del Honorable Consejo Universitario, celebrada para recibir al Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación, señor Mariano Latorre Court.
- Discurso de Recepción a Don Mariano Latorre Court, por el señor Ricardo A. Latcham Alfaro, abril de 1953, Santiago, 1953.
 - Ricardo A. Latcham, *Blest Gana y la Novela Realista*, Ediciones AUCH, Nº 20, 1958, Separata de *Anales de la Universidad de Chile*.
 - Walter Rela, *Contribución a la Bibliografía del Teatro Chileno*, 1804-1960.
 - Noticia Preliminar, de Ricardo A. Latcham, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1960.
 - Ricardo A. Latcham, *El criollismo, Saber*, Editorial Universitaria, 1956.
 - Novela Hispanoamericana*, 20 volúmenes.
 - Pen, Club de Chile, *Poesía, ensayo, narración*, Ediciones Revista ATENEA, Santiago, 1961. Ricardo A. Latcham, *Algo estrictamente personal*, pp. 169-179.
 - La Revista Católica*, 1920-1927.
 - Índice*, 1930.
 - Anales de la Universidad de Chile*, 1930-1963.
 - ATENEA, 1929-1964.
 - Boletín de la Academia Chilena de la Lengua*, 1956-1962.
 - El Chileno*, La Serena, 1919.
 - El Diario Ilustrado*, Santiago, 1923-1931, 1952-1962.
 - El Mercurio*, 1929.

—*La Nación*, Santiago, 1941-1952, 1963-1964.

Otras obras consultadas

- Alone, *Historia Personal de la Literatura Chilena*, Zig-Zag, 1954.
- Diccionario de la Literatura Latinoamericana, Chile*, Unión Panamericana, Washington. D. C., 1958.
- Hugo Montes, Julio Orlandi, *Historia de la Literatura Chilena*, Ed. del Pacífico, Santiago, 1959.
- Raúl Silva Castro, *Panorama Literario de Chile*. Ed. Universitaria, 1961.
- Roque Esteban Scarpa, *Poesía Religiosa Española*, Ercilla, 1938.
- Ángel Valbuena, *Antología de la Poesía Sacra Española*, España, 1940.
- Roque Esteban Scarpa, *Voz Celestial de España*, Zig-Zag, 1944.
- Roque Esteban Scarpa, *Lecturas Chilenas*, Zig-Zag, 1950.

Obras inéditas

- Emilia Galdámez Rodríguez, *Ricardo A. Latcham, crítico literario*.
Crítica e Interpretación. Memoria para optar el título de Profesora de Castellano, 1956, Instituto Pedagógico, Universidad de Chile.
- Enrique Aguilera Rojas, *La crítica literaria, de Ricardo A. Latcham Alfaro*.
Memoria para optar el título de Profesor de Castellano, Instituto Pedagógico, Valparaíso, Universidad de Chile, 1964.